

En la mañana del 26 de Julio hallándose Paulo II perfectamente bien, había celebrado un consistorio de seis horas, y luego había comido en el jardín con la cabeza descubierta (1), dejándose llevar con algún exceso de su afición á los melones y otros manjares difíciles de digerir. Hacia la primera hora de la noche se encontró mal, de suerte que su camarero le aconsejó que renunciara á conceder las audiencias que solía en aquel tiempo, y tomara algún descanso. Paulo II, fatigado por violenta opresión, se echó en cama mientras su camarero salía para despedir á los que estaban fuera aguardando. Una hora más tarde, oyó llamar á la puerta del dormitorio, y corriendo allá encontró al Papa medio muerto y con la boca llena de espuma. Con dificultad pudo colocar al enfermo en un asiento, y salió precipitadamente en busca de auxilio, pero á su regreso Paulo II había exhalado el último suspiro; su muerte había sido causada por un ataque de apoplejía. Llamóse en seguida al cardenal Barbo, y luego llevaron el cadáver á San Pedro acompañado de pocas antorchas (2). Allí se celebraron también las exequias por el finado (3), á quien el cardenal Marcos Barbo hizo erigir en seguida, en la capilla de San Andrés de la iglesia de San Pedro, un gigantesco mausoleo, que en la actualidad se halla desgraciadamente hecho pedazos y disperso en las criptas del Vaticano (4). Sólo se conserva un grabado que da idea del conjunto de aquella obra, cuya magnificen-

(1) Canensius 103.

(2) V. en el apéndice n. 107, la *Relación de Nicodemus de Pontremoli, que yo hallé en el *Archivo público de Milán*. Uno de los últimos cuidados de Paulo II fué la salud del duque de Ferrara; v. en el apéndice n.º 103 y 105 los *Breves de 10 y 20 de Julio de 1471. *Archivo secreto Pontificio*. El 27 de Julio, el arzobispo de Milán escribe á Galeazzo María Sforza acerca de la muerte del Papa: «che è stato uno stupore meraviglioso ateso che era sanissimo piu fosse stato gran tempo fa». Los cardenales se reunieron en seguida, tomaron diversas disposiciones, y convocaron á sus colegas ausentes. Nardini tomó á su cargo el governo di Roma, aunque contra su voluntad. *Archivo público de Milán*. El 27 de Julio, los cardenales notificaron la muerte de la cabeza suprema de la Iglesia. Ejemplares de estas cartas se conservan en el *Archivo de Florencia* X—II—25, f. 35^a y en el de *Milán*; el último lleva la nota: cito, cito.

(3) Según una bondadosa comunicación del Sr. Dr. Gottlob, se quemaron en estas exequias, 13 610 libras de cera, que en cuentas redondas, costaron 1852 flor. Además, se pagaron 6 062 flor. 10 bolog. «pro broccato auri ac pro pannis lane ac aliis rebus eiusmodi... ratione exequiarum fe. re. dom. Pauli pape II.» *Archivo público de Roma*.

(4) Posible sería una reconstrucción de la obra, y es de desear tanto más instantemente, cuanto que la entrada en las criptas es muy dificultosa por causa de circunstancias que no se podrían mudar tan pronto.

cia y riqueza en ornato y escultura, respondían bien al carácter del difunto. Era una sepultura con hornacina; sobre el gran sarcófago con la estatua yacente del finado y la sencilla inscripción: «Paulus II, Venetus P. O. M.», se veía la Resurrección de Cristo, esculpida por Juan Dálmata, y en el medio punto superior el Juicio final, obra de Mino da Fiésole. A la derecha y á la izquierda del sarcófago se habían puesto dos poderosas columnas y pilastras adornadas de estatuas. También el alto zócalo estaba ricamente adornado; en medio, la hermosa figura de la Caridad, por Mino da Fiésole; á sus lados la Caída original del mismo artista, y la creación de Eva de Juan Dálmata; al pie de las grandes columnas, la Fe, de Mino, y la Esperanza, de Dálmata. Estas figuras alegóricas superaban todo cuanto hasta entonces se había ejecutado en Roma para un monumento sepulcral (1).

«El Papa Paulo II, dice el cronista de Viterbo, fué un varón justo, santo y pacífico, y en todas las partes de sus Estados se disfrutaron los beneficios de su buen gobierno» (2). En esta acción del Papa, como gobernante práctico, para robustecer la autoridad de la Santa Sede en los Estados de la Iglesia, consistió, no en su menor parte, la importancia de su pontificado. «Paulo II opina un moderno investigador, poseyó incuestionablemente una índole de gobernante, guiada por los más nobles designios. Podrá lamentarse que la ínfula sacerdotal quedara en él encubierta por la tiara, y que su pontificado ofrezca un esplendor demasadamente mundano; pero que esto sucediera con positivo perjuicio de los intereses eclesiásticos, nadie podrá afirmarlo. En varias cosas puso enérgica mano, mejorándolas considerablemente. Los testigos menos sospechosos convienen en que se opuso con gran resolución á todos los manejos simoníacos; y aunque no todo le salió á su gusto, bajo el peso de sus ocupaciones, no se debería juzgar con demasiada severidad á un varón á quien, aun sus mismos enemigos, no se han atrevido á negarle la sinceridad de los buenos deseos. Aun cuando no estuvo enteramente libre de nepotismo, éste no tomó sin embargo en su tiempo aquel carácter repug-

(1) Reumont III, 1, 399 s., Gnoli en el *Arch. stor. dell Arte* III, 175 ss. (con imágenes) y Steinmann, *Rom.* 24 s. Cf. Dionysius 141; Bonanni 88; Gregorovius, *Grabmäler* 98; Burckhardt, *Cicerone* II^a, 372 s.; Müntz II, 48—49; Kaufmann en *Katholik* 1901; II, 320 s. 540 s.; Franchetti en *Emporium* 1902, 118. Epitafios de Paulo II en Du Chesne 342.

(2) N. de Tuccia 98.

nante y ofensivo que poco después de él tenemos que lamentar; y que su preferencia por sus parientes causara algún perjuicio á la Iglesia, ni sus adversarios se atreven á afirmarlo (1). El grande amor que tuvo Paulo II á la paz, y la manera cómo evitó el nepotismo, merecen todo reconocimiento. Contra las calumnias de Platina hay que afirmar, que Paulo II solamente se opuso á la pagana degeneración de la Ciencia, que se mostraba peligrosa para la Religión; pero en lo demás amparó á los hombres eruditos. Lo que aborrecía el Papa, no era la erudición humanística en sí misma, sino aquella dirección que se entregaba inconsideradamente á lo que Dante calificó de hedor del Paganismo (2). Las otras cosas que aduce Platina contra Paulo II, no son más que insinuaciones, en ninguna manera hechos. De suerte que, un erudito no católico, ha podido decir: «¡Cuán bueno debió ser aquel Papa, contra quien, un enemigo tan hábil y malicioso como el nombrado humanista, ha podido aducir tan pocas cosas!» (3)

También es injusto el reproche de que Paulo II no comprendiera el peligro de los turcos. Ciertamente es verdad que no hizo de la guerra contra los turcos el centro de toda su actividad, como lo había hecho Pío II; pero que no puede oponérsele por esta causa ninguna acusación fundada, lo muestra el mismo silencio del más acerbo de sus adversarios; y las modernas investigaciones han sacado á luz, en esta parte, muchos datos favorables á Paulo II (4). Quedan, sin embargo, muchas lagunas, que sólo pueden llenarse con ulteriores hallazgos en los archivos, las cuales no nos permiten formar todavía en este respecto un juicio total enteramente definitivo. Así, por ejemplo, las noticias acerca las deliberaciones que se tuvieron en 1471 para defenderse de los otomanos, son extraordinariamente escasas. Por lo demás, un escrito, hasta ahora desconocido, del cardenal Gonzaga, de 17 de Enero de 1471, manifiesta que Paulo II estaba dispuesto á destinar anualmente la cuarta parte de sus ingresos, es á saber 50.000 ducados, para la guerra contra los turcos (5); y en esta suma no se comprendían los rendimientos del monopolio del alumbre, los

(1) Rohrbacher-Knöpfler 228. Cf. Reumont III, 1, 160.

(2) Parad. XX, 125.

(3) Creighton III, 275.

(4) V. Gottlob en *Histor. Jahrb.* IV, 443 y *Cam. Ap.* 291 ss.

(5) Sobre esto, así como sobre el descontento de los Venecianos por estos ofrecimientos v. apéndice n. 94.

cuales el Papa, desde el principio de su reinado, había consagrado exclusivamente para los fines de la santa cruzada. Principalmente se pagaban con estos fondos socorros y pensiones para todos aquellos desgraciados, á quienes la furia conquistadora de los turcos había arrojado de su patria, y que buscaban y hallaban refugio en los Estados de la Iglesia. Roma ha ejercido siempre, aun cuando sus medios han estado más cercenados, una grande hospitalidad, y proporcionado á los infelices lanzados de su patria, refugio y consuelo (1). Así sucedió también entonces. Los libros de cuentas del reinado de Paulo II están llenos de pagos á las infelices víctimas de los turcos, y estas cifras alcanzan á veces la suma anual de 20.000 á 30.000 ducados. En este número hallamos, en primer lugar, al destronado déspota de Morea, Tomás, que recibía mensualmente 300 ducados; y después de la muerte de aquel desgraciado príncipe, traspasó el Papa esta mensualidad á sus hijos, de cuya crianza cuidaba el cardenal Bessarion (2). La reina madre de Bosnia, Catalina, que se trasladó á Roma en 1466, recibió desde esta época 100 ducados mensuales, y desde 1467, otro socorro anual de 240 ducados para pagar el alquiler de su casa (3). El déspota Leonardo de Artha recibió, á 12 de Marzo de 1465, como auxilio para la guerra contra los turcos, 1.000 escudos de oro; á 18 de Julio de 1466, 1.200 ducados, y á 2 de Abril de 1467, otros 1.000. Además recibían mensuales socorros en dinero la reina Carlota de Chipre, el príncipe Juan Zacarías de Samos, Nicolás Jacobo ciudadano de Constantinopla, Tomás Zalonich y otros muchos. Desde 1467 se daban también al arzobispo de Mitilene y al déspota de Serbia, ordinarias pensiones, y fuera de esto algunos regalos (4).

Así gastaba Paulo II en todas cosas, con liberalidad verdade-

(1) V. Reumont *Römische Briefe* II, 344, 407.

(2) Fallmerayer *Morea* II, 404. Cf. vol. III, p. 309 y sobre la muerte de Tomás también el **Despacho de J. de Aretio de 21 de Mayo de 1465 (*Archivo Gonzaga*). En los *Div. Pauli II, 1464—1466, f. 100 (después f. 112, 126, 135 etc.) hay consignadas pagas «pro filiis bon. mem. olim dom. Thome Paleologi Amoree despoti» desde 5 de Sept. de 1465. *Archivo público de Roma*.

(3) Habitaba en casa del «prudens vir Iacobus Mentebone». Soy deudor de estos y de los siguientes datos á la bondad de mi amigo el Dr. Gottlob que, con la base de estudios precisos de los *Registros de cuentas que se conservan en el *Archivo público de Roma*, propónese publicar una lista completa de aquellas personas que recibían socorros de los fondos de la Cruzada. *Histor. Jahrb.* VI, 443. Cf. también arriba p. 24 sig.

(4) Así en 17 de Dic. de 1467: 200 florines. *Archivo público de Roma*.

ramente digna de un príncipe; y merece fijarse especialmente la atención en que el Estado temporal de la Iglesia era el que entonces, lo propio que sucedió más adelante con harta frecuencia, ponía á la Santa Sede en situación de ofrecer un asilo á los fugitivos y socorrer con inagotable beneficencia á innumerables oprimidos y desgraciados. Precisamente á causa de que el Estado de la Iglesia, gracias á la eminente posición de su Soberano, participaba del carácter universal de la Iglesia católica, ofrece en esta parte un caso enteramente singular en la Historia. Al paso que los otros Estados, por su propia naturaleza, tenían como fin y objeto los particulares intereses nacionales, aquél presenta una índole enteramente universal, que no excluye á ninguna nacionalidad de sus oficios, y representa en sus fundaciones, monasterios y escuelas, á la totalidad de los pueblos cristianos (1).

(1) Phillips V, 708. Sobre el carácter internacional de la curia romana en el siglo xv v. lo que dijimos en el tom. I, vol. I, p. 379 ss. Entre los empleados públicos de Pío II, hallamos un gran número de alemanes (cf. Archiv. für ältere deutsche Gesch. N. F. X, 35 s.), muchos ingleses, un borgoñón, bohemos y españoles. En la corte de Paulo II, se hallan tres Enriques, todos tres alemanes; v. Marini II, 152, 202.

LIBRO III

Sixto IV

(1471-1484)